

Cartas a Mis Pacientes*



Ilustración: José Luis Alcover Lillo.

M. Gloria Alcover Lillo

Mis queridos pacientes y amigos:

Hace tiempo que deseaba iniciar esta pequeña colección de escritos dedicados a la difusión de la Homeopatía para todos. Creo que ha llegado el momento, entre otras cosas, porque hoy se vende Homeopatía por todas partes y al mismo tiempo han salido “a la venta” todo tipo de posibilidades terapéuticas que aseguran el bienestar sin poder dar al paciente una claridad en cuanto a la diferencia en su modo de actuar y su eficacia real. Pareciera que todo lo que mueve la energía va bien y se debe aceptar sin mayor consideración. Sin embargo, no es exactamente así.

Mi deseo real es proporcionar un “criterio de sanación” al paciente para que sepa conocer, distinguir y elegir el camino que le es necesario para reconocer cómo restituir su higiene, su equilibrio o su curación profunda y su bienestar. Y en este sentido, sin duda, dar a entender la extraordinaria revolución que representa la medicina homeopática, que mal se conoce y que constituye verdaderamente el camino óptimo para restituir la verdadera curación individual, social y trascendente.

Después de un buen número de años dedicada a la enseñanza e información de la Homeopatía me doy cuenta de la dificultad que tienen, tanto los médicos como los pacientes o las personas que se acercan a la Homeopatía, para compren-

*Ofrecemos a nuestros lectores la primera de una serie de reflexiones escritas por la doctora Alcover Lillo, prestigiosa médico cirujano por la Universidad Complutense de Madrid (España) que se especializó en la Escuela de Posgrado de Homeopatía de México, A.C. Estas creaciones de escritura libre tienen la valía de aportar enseñanzas que permiten un acercamiento actual y humanista con el saber hahnemanniano.

der la rigurosidad del método, su doctrina, su práctica y la revolución que implica en la visión de la enfermedad y del sufrimiento del ser humano, individual y social. Y sobre todo, su potente y bondadosa eficacia.

Las razones son varias, pero la más importante es “el espíritu de los tiempos” que actualmente está señalado por la velocidad, el consumismo de todo tipo, la pérdida completa del sentido real de la curación como algo posible, la costumbre de las personas de tomar medicamentos y drogas, la necesidad de “estar bien” para los demás y para seguir trabajando sin parar, además del exceso de publicidad e información sobre panaceas, integradores, complementos alimentarios compensadores, etcétera, confundiendo la higiene con la sanación. En fin, mil cosas que se convierten en una desinformación y en un caos.

Además, sin duda, debemos añadir el miedo al dolor de una humanidad habituada a los analgésicos. El miedo a la enfermedad como algo incomprensible e incontrolable que puede venir por un malvado y misterioso virus ultramicroscópico, como producto de una cultura médica mecanicista y una visión del mundo sin sentido, donde el Hombre no cuenta en absoluto. Y, por último, el miedo fatal a la muerte como un acontecimiento completamente desintegrado de la evolución natural de la vida, debido a la desorientación vital general.

Todo esto crea una enorme dificultad para entender cosas que todo ser humano ha sentido y siente dentro de sí, y que intuitivamente ha sabido siempre porque formaba parte de su “sentido común biológico”. Una facultad que parece haber desaparecido pero que constituye el “saber” humano. Y es ahí, además, donde la Homeopatía encuentra su discurso totalmente obvio para quien se acerca a este maravilloso conocimiento, aunque esté desorientado.

La Homeopatía representa hoy, dentro del variado mundo de disciplinas médicas, la forma más completa y eficaz de tratar la totalidad psicofísica del individuo en profundidad, llevando al sujeto enfermo a

una corrección de su sufrimiento personal, inmediato o hereditario, agudo o crónico, en forma suave, rápida y permanente, dentro de las posibilidades de res puesta de su estructura psicobiológica.

Esta eficacia se debe a la **precisión** que permite el descubrimiento de la Ley de Curación reconocida como el *Similia similibus curentur*, fundamento de la Homeopatía. Este aforismo significa el hecho, demostrable siempre y repetible continuamente en cualquier circunstancia o latitud, con cualquier ser humano de cualquier raza —de ahí su universalidad y su validez—, de que: “un estímulo o sustancia terapéutica de cualquier naturaleza es capaz de curar en el paciente **exclusivamente** lo que ha sido capaz de producir en el experimentador (hombre sano) a través de la Experimentación Pura”. Esta es la primera base científica necesaria e **imprescindible** para obtener una información, clara exacta y precisa del poder del medicamento adecuado para cambiar el funcionamiento del organismo enfermo, cualquiera que sea su naturaleza (poder medicamentoso; cumplimiento de la Ley Universal de la Resonancia).

La Experimentación Pura, realizada con centenares de sustancias pertenecientes tanto al reino mineral, metales o metaloides, vegetal, animal e imponderables en diversas clases, en centenares de experimentadores sanos de todas partes, edades y condición, nos permiten tener a nuestra disposición una casi infinita cantidad de **energías informadas** de la naturaleza terapéutica propia de cada cual, para poder aplicar según las reglas del arte, técnica y doctrina desarrolladas a partir del descubrimiento (Individualidad Medicamentosa).

Todo lo que a la vida pertenece: desarrollo, enfermedad y salud, se desenvuelve gracias a la Fuerza Vital, constitutiva de todo ser viviente, que comporta un movimiento permanente hacia la conservación (curativa) y hacia la realización total de cada ser individual (evolutiva). Por este esencial motivo estructural, es la Naturaleza misteriosa, en su movimiento intrínseco, la que **indica el camino** de la re-

cuperación de la salud a través, incluso, de la misma enfermedad. De ahí que los síntomas, su manifestación, localización y significado son de la mayor importancia para comprender y evaluar el camino justo a seguir terapéuticamente, en orden a corregir la vida y restituir el equilibrio inestable que llamamos bienestar físico y social de un ser viviente.

Es evidente a todo observador que “cada sujeto viviente padece según su especie y dentro de su especie según su propia naturaleza, su propia historia y su propia razón de ser”. Por ese mismo motivo cada ser viviente tiene su propio e insustituible modo de enfermar, y cada sustancia medicamentosa e incluso cada estímulo recibido, tiene su propio poder medicamentoso, sin que sea posible el substituir uno por otro indiferentemente si se quiere respetar su mayor eficacia (Individualidad Morbosa e Individualidad Medicamentosa).

El reconocimiento de que la vida es energía que se cristaliza tomando diversas apariencias, es hoy un tema demostrado por muchas otras ciencias diferentes a la medicina, por ejemplo la física cuántica, además de la filosofía de todos los tiempos —sin meternos en aspectos más profundos relativos a la sustancialidad de estas energías. Se hace imprescindible y de fundamental importancia para la medicina actual el aceptar que el Dinamismo Vital es el medio, el instrumento y la causa eficiente de la misma vida material, y por lo tanto el lugar de las estructuras donde se verifica todo equilibrio o desequilibrio más o menos manifiesto. Y por consecuencia, que es allí, y sólo de allí donde puede desencadenarse la reacción curativa del hombre enfermo que le lleve a la restitución íntegra de su salud posible.

El hecho irrevocable de cada ser viviente como una totalidad actuante en permanente diálogo con la existencia, con el mundo que le rodea y con su propio interior, hace imperiosa la necesidad de encontrar estímulos terapéuticos que satisfagan la necesidad de esa totalidad inseparable en su forma y capacidad de respuesta, aunque se manifieste en distintos planos de sufrimiento. Cuanto más capaz de comprender la totalidad, incluyendo pasado-presente y futuro del individuo, más perfecta su eficacia y más

veloz, suave y permanente su reequilibrio existencial físico y moral, que llamamos curación.

Este descubrimiento demostrado en los últimos tiempos por la ciencia: la regencia de la energía sobre toda expresión viviente, tanto en salud como en enfermedad, obligadamente considerados como estados de existencia, ambos perfectos en sí mismos, hace que podamos estimar la importancia de la elaboración del medicamento homeopático. Éste, liberando las energías estructuradas en la materia prima material en sus energías ultramoleculares específicas (o virtudes), cuyo poder de penetración y acción sobre el organismo, aplicadas según la Ley de Curación y en la potencia, frecuencia y cantidad adecuadas a cada organismo, puede llegar a modificar incluso la información hereditaria y la armonización de los cuerpos sutiles más elevados que constituyen la totalidad psicobiológica de cada ser humano viviente (Dosis Infinitesimales).

Por último, tendremos que señalar la importancia del descubrimiento en la experiencia clínica y terapéutica relativa a la enfermedad crónica, como estructuración dinámica psicofísica del individuo. Lo que se ha comprendido como la diátesis o patología crónica constitucional proveniente de la supresión antinatural y arbitraria de las enfermedades agudas. Esta supresión da como consecuencia la predisposición patológica con la que todo ser viviente nace y le hace vulnerable a su particular sufrimiento en el desarrollo de su vida.

El tratamiento y la corrección de la predisposición patológica hereditaria constitucional es la mejor y más eficaz medicina y terapéutica preventiva, porque procura por anticipado la modificación y el reequilibrio posible progresivo. Cosa que se obtiene fundamentalmente con el tratamiento homeopático.

Todo este conjunto de realidades científicas eleva a la medicina homeopática a una verdadera medicina de la especie humana y no sólo del individuo. No sólo es la corrección de la persona individual aislada del grupo al que pertenece y de su historia, sino que es, como ha sido llamada, **la medicina del hombre nuevo**.